

AMAYA.

(1879)

Consoladora en extremo es la frecuencia con que de algún tiempo á esta parte ven la luz pública buenos libros, en el género especialmente en que los libros malos han rebasado entre nosotros todos los límites de la abundancia.

Cuando ayer todavía, en el segundo tercio de la corriente centuria, decir novela era lo mismo que decir libro malo, ó por lo menos libro inútil, y cuando la novela, indígena ó exótica, pero más veces esto último, era el arma que más abundaba en los arsenales de la impiedad, y la más á menudo esgrimida contra las creencias y las tradiciones de la patria, conforta hoy el ánimo y ensancha el corazón el ver por una parte á la impiedad reducida casi en este punto á repartir simplezas á dos cuartos el pliego, ó á traducir excentricidades de que se ríen sus mismos partidarios, y por otra parte á la escuela católi-

ca producir novelas de costumbres como *El Escándalo* y *El buey suelto*, y novelas históricas como la que es ocasión y materia á la vez de este artículo.

Porque no hay duda que, supuesto el encanto y el atractivo que la novela tiene, para la juventud en especial, y supuesta la inclinación invencible de la juventud á leer novelas, el mejor y más seguro medio de evitar ó resarcir el daño de las novelas malas, es escribir y extender y popularizar novelas buenas, para ahogar así el mal entre las olas del bien sobreabundante.

Y estamos ya por lo menos en vías de lograrlo: la mala novela traducida, está hoy casi relegada á los folletines de los malos periódicos, y á los tomitos picantes de Paul de Koek, que como preservativo contra insomnios, son adorno invariable de la *mesa de noche* de oficiales de ejército y estudiantes desapplicados; la mala novela de por acá se halla también en visible decadencia, y Villoslada, y Pereda, representantes de la novela histórica y de la novela de costumbres, harán, si Dios quiere, casi todo lo que falta.

Sea lo que quiera de la cuestión sobre si la novela constituye un género literario aparte, ó si ha de considerarse rama desprendida de alguno de los otros géneros, del épico, según lo sostienen los que la llaman «epopeya en prosa» ó «epopeya bastardeada», del históri-

co, según lo afirman los que la llaman «historia fingida», ó del dramático, conforme pretenden los que la llaman «drama narrado», siempre será verdad que la novela con sus caracteres actuales no se conoció en las antiguas literaturas, que ha nacido dentro del Cristianismo, y que tiene asombroso poder de propaganda.

No vacilaré en afirmarlo: la novela ha ejercido y es capaz de ejercer mayor influencia en las costumbres y hasta en las doctrinas que el teatro mismo.

Porque el autor dramático no puede enseñorearse de la conciencia de un espectador, sin que domine al mismo tiempo las de todos los demás, entre los que hay malos y buenos, ignorantes y sabios, comunicándose todos por una especie de cadena eléctrica y formando juntos un solo espectador llamado el público; al paso que el novelista coge á su lector á solas, sin ageno auxilio, y se apodera mucho más fácilmente de su corazón y de su inteligencia.

La impiedad hubo de comprenderlo así, y ha causado con las malas novelas verdaderos extragos.

Los escritores católicos van comprendiendo también la obligación en que están de emplear sus talentos en el modo y forma que puedan dar más abundantes y mejores frutos.

Es indudable para mí que los de *Amaya*

serán copiosos y excelentes, porque cumple á las mil maravillas la ley principal de la novela, de presentar bajo las más sabrosas y deleitables apariencias, las más útiles y puras enseñanzas.

No ha de ser precisamente el objeto principal y directo del novelista la inteligencia, sino el corazón; y bien lo sabe el autor de *Amaya*, por cuanto sin disertaciones pesadas ni profusión de reflexiones fastidiosas, sencillo como Walter Scot y sobrio como Tácito, atrae disimuladamente el corazón del lector, le hace suyo, y va luego imprimiendo en él cuanto quiere, como en blanda cera, hasta dejarle por fin enamorado de los personajes de la obra, es decir, de las virtudes que en ellos resplandecen y del espíritu cristiano que los anima.

Siento de veras que los límites de este artículo no me permitan dar una idea del argumento de *Amaya*, poético hasta lo sumo, y en gran manera fácil, sin dejar por eso de ser sorprendente. Pero en cambio de esta mortificación que impongo á la curiosidad de los que me leyeren, les prometo la satisfacción centuplicada y el placer purísimo que han de experimentar al ir conociendo la interesante trama de la novela y los admirables personajes que en ella figuran, capítulo por capítulo y página por página, con el propio aliño que el autor les ha puesto.

No dejaré, sin embargo, de anticipar á los lectores, lo que es asunto de la obra, sirviéndome de las palabras de que se ha servido el autor para expresar su pensamiento en la introducción, que es bellísima:

«Se trata de los más hondos misterios de nuestra historia; duelo parece de pueblo á pueblo, combate singular entre dos héroes, uno de los cuales se llama imperio godo y otro *Euscalerri*, tierra vascongada. Guerra á muerte en que pelear es vivir, y abandonar el arma, sucumbir y caer en la huesa. Duró más de tres siglos, como pudiera haber durado menos de tres semanas, si uno de los combatientes hubiera querido ceder; como habría durado otras tantas centurias si el postrer testigo del duelo no hubiese echado el montante separando á tan encarnizados enemigos, que al fin deponen sus odios para unirse contra él....

»¡Qué sublime espectáculo, sin par tal vez en los anales del mundo, ofrece esa tenaz y desesperada resistencia del débil contra el fuerte, coronada al fin con la victoria del poseedor pacífico y honrado contra el injusto agresor!

»Al transportarnos en alas de la fantasía á tan remotas edades, sentimos en el alma la grata frescura de la virtud sencilla, del heroísmo espontáneo y modesto, del vigoroso amor patrio, como al subir las montañas se

perciben auras purísimas, siempre renovadas, aromas acres y vivificantes, alegría restauradora, y ese bienestar inefable que físicamente nos dilata el pecho y moralmente nos eleva á Dios.

»¡Gloria á Dios, y lancémonos á las tinieblas de lo pasado por entre selvas seculares y monumentos megalíticos, sin más guía que frases de la historia, fragmentos de cantares, leyendas y tradiciones, á sorprender á dos grandes pueblos en el supremo momento de su implacable lucha, para ver cómo acaban unas edades y cómo empiezan otras, y cómo viene á ser principio lo que parece fin; que fin es lo que en vascuence significa *Amaya*, y en lenguaje cristiano se llama Providencial»

Y aquí tenemos ya indicado el mérito principal de esta novela histórica, el de retratar admirablemente una época; pues si para conocer con detallada exactitud los acontecimientos históricos del siglo VIII sirve mejor una historia propiamente dicha, lo que es conocer á fondo aquel siglo con sus hombres y sus costumbres y sus aficiones y sus tendencias y sus virtudes y sus defectos y su manera de ser en público y en privado, para conocer al pueblo vascón y al pueblo visigodo, nada sirve mejor ni tan bien como la novela del señor Villoslada, pintura tan exacta, compendio tan acabado de las costumbres y de los conocimientos de aquellos días, que

bajo este aspecto bien se la puede llamar epopeya. Entra el lector en tierra vascongada cuando comienza á leer el primer capítulo y sale de allá cuando conciuje el último, con tal conocimiento de tiempos y lugares, que se le figura haber vivido entonces.

Y aún prescindiendo del sabor de edad y de la riqueza poética del argumento, cautiva también el libro por la novedad con que presenta los episodios, y en general por la manera galana y propia suya, que tiene el autor de decir las cosas.

Nacido el señor Villoslada á la vida de las letras en la decadencia del romanticismo, y cuando el vigor irreflexivo y la generosa inspiración de sus mantenedores concertaban paces con los preceptos aristotélicos y se daban abrazos con la corrección clásica, heredó lo mejor de ambas parcialidades, dando de ello muestras en dos novelas históricas universalmente conocidas, y en algún drama que pasaría á la posteridad con gloria, si el autor hubiera sido entonces tan rico de experiencia escénica cuanto de dotes literarias. Formóse después como polemista en *El Pensamiento Español*, donde le señalaron como el primer periodista de España, su amable aticismo y su contundente dialéctica; y muerto aquel periódico, ha pasado años enteros reuniendo en *Amaya*, con afanes penosos y largas vigiliass, todas las tradiciones y leyendas del pueblo

vasco, hasta las más apartadas de la común noticia, todos los rasgos fisonómicos del pueblo visigótico, hasta los más oscuros, empleando en darles forma todo el vasto caudal de sus conocimientos.

Si el éxito ha coronado su constancia inverisimil, no hay que decirlo: lo que hay que decir es, que con hacer más de veinte años que el ilustre impugnador de los *textos vivos* riñe con el error sin paz ni tregua en defensa de la Iglesia nuestra Madre, quizá no ha hecho nunca tanto bien á su causa, ni al enemigo tanto daño, como con esta novela histórica.

Porque si el oponer á las armas del enemigo armas de igual temple y rigor es meritorio, el presentarle armas superiores que inutilizan las suyas, no hay lauros con que premiarlo; y la verdad es, que después de la publicación de *Amaya*, las cuasi innumerables novelas que con el apodo de históricas viene dando á luz un malaventurado calumniador de Felipe II, del Santo Oficio y de todas nuestras glorias, no pueden pasar sino por cuentecillos necios de criadas imbéciles para asustar á los niños.

Ahora toca decir algo del estilo y de las galas del lenguaje, y lo haré de grado, por más que tema que, tratándose de la obra de un literato insigne, hayan en mí de parecer presunción hasta las alabanzas. Empero ne-

gárselas al autor sobre este particular fuera injusticia, y á la obra lo mismo, porque ni se puede hablar apenas del Sr. Villoslada sin hacer mérito de su cualidad de gran prosista, ni sería buena manera de dar á conocer á *Amaya*, el omitir una de las más principales partes de su belleza.

El estilo del Sr. Villoslada, por si hay quien no le conozca, es un estilo original, vigoroso y lleno á la vez de flores y de gracias. Alguien creerá notar que *sabe á periódico*, pero este sabor de frescura y de viveza, constituye quizá su mayor encanto.

Con todo eso, si Horacio pudo decir que Homero también de vez en cuando se había dormido; bien se le podrá decir al señor Villoslada que se ha descuidado algunas veces, dejando correr ciertas frases revesadas, ciertos amaneramientos, y tal cual construcción oscura ó viciosa.

«Rompió en llorar», por ejemplo, es frase mucho menos bella que esta otra «rompió á llorar», que es la que emplea todo el mundo.

Decir «griego ú romano» es un capricho sin disculpa; porque el uso común y los buenos hablistas sólo sustituyen la *ó* *diyuntiva* con la *ú* cuando comienza con *o* la palabra que sigue, sin cuidarse de cómo termina la que antecede; como tampoco se sustituye la *y* conjuntiva con la *é* sino cuando el segundo miembro comienza con *i*, termine el primero

como quiera. Así, nadie dice, «comí é cené», sino «comí y cené», al paso que dice todo el mundo, «de una manera ú otra», «mujer é hijos».

«Debelar», del latín *debellare*, ha podido pasar al castellano; pero no se usa.

La palabra «presidio», del latín *praesidium*, tuvo realmente el sentido de defensa, amparo, fortaleza; pero tiene hoy otro mucho más general, aunque menos noble, y no parece recomendable usarla sin necesidad en el primero.

En la página 16, el rey don Rodrigo le dirige á Eudon la palabra, una vez tras de otra, de estas tres maneras:—«¿Casado tú?»—«Pero, ¿no sois bizantino?»—«Pues ¿quién eres, Eudon?» Debiendo hablarle en singular ó en plural constantemente.

El empleo del pronombre *lo* en lugar de *le* para los acusativos masculinos, y especialmente si son animados, y sobre todo si son racionales, no es de buen gusto ni tiene distinguido abolengo, y es además ocasionado á oscuridades y confusiones; lo mismo sucede con el empleo del pronombre *le* en lugar de *la* para los dativos femeninos; modismos de Andalucía, jamás aceptados en Castilla y León, no prohibidos siquiera por los buenos escritores andaluces; pero recibidos como pan bendito por catalanes y valencianos que, extraños á la estructura del idioma, son secta-

rios natos y perpetuos de toda extravagancia.

No me detendré á citar los períodos que he encontrado oscuros y defectuosos, por estas causas; pero sí transcribiré uno, en que se emplea el pronombre *le* no ya en dativo, sino en acusativo femenino, contra toda regla: «Constanza reflexionó antes de contestar. *Le* asustaba cada vez más el rostro de su marido.» Este *le* no puede justificarse, ni por el impertinente decreto de la Academia, ni aun por motivos eufónicos.

Bien conozco que todos estos defectos, si son de notar, es por la misma belleza del fondo en que han caído; mas con todo, si para el ilustre autor de *Amaya* pudiera valer algo el ruego de quien tiene á gran honra proclamarse discípulo suyo y confesar que aprendió á ser periodista, lo poco que sabe, leyendo desde niño *El Pensamiento*, yo le rogaría que corrigiese con cuidado en otra edición todas esas menudencias.

De todos modos *Amaya* es la primera novela de estos tiempos. Los que la han leído según se ha ido publicando la primera vez en *La Ciencia Cristiana*, saben que no es hablar por hablar el afirmarlo.

DE FUERA VENDRA...

(1880.)

Sí, de fuera vendrá quien nos quiera enseñar disparates.

Por ejemplo, el autor de un libro, cuya portada dice:

«*El Arte cristiano en España*, por J. D. Passavant, director del Museo de Francfort, traducida (*sic*) directamente del alemán, y anotada por Claudio Boutelou.—Sevilla, imprenta y librería de José G. Fernández.»

Cosa curiosa desde luego se puede afirmar que es este libro; mas no me atreveré yo á decir que sea cosa útil, ni por consiguiente habré de alabarle el gusto al traductor por habérsenosle dado vertido al castellano del alemán *directamente*.

Creo, por el contrario, que debió dejarle descansar en el idioma en que fué escrito, si no se sentía con fuerzas para vestirle por entero á la española; y aun en este caso, tanto costaba, y mucho más valía, que nos hubiera dado un libro nuevo.

Pero tenemos los españoles la fea costum-

bre, y estoy por llamarla vicio, de ir á buscar en el extranjero las noticias de nuestra patria: hemos convenido hace tiempo en que en España ni se sabe nada ni se estudia apenas, áun de las cosas que nos pertenecen y que podemos estudiar mejor que nadie; y el traductor de este libro no ha hecho más que respetar este convenio y seguir aquella costumbre.

Ni es maravilla que tal haga, cuando todos pecamos por este capítulo, y cuando (perdónese me lo profano de la idea), si á algún francés le viniera en mientes el escribir un libro de tauromaquia, tengo para mí que no había de faltar entre nosotros quien le tradujera en castellano correcto para enseñanza y deleite de los aficionados.

Que vaya un español á París, por ejemplo, vea lo más principal de entre lo mucho que hay que ver en la capital francesa, apunte con lápiz lo que le digan de viva voz los *ciceroni*, vuelva á Madrid y haga con sus notas un libro: claro es que este libro podrá ser más ó menos útil para los españoles que no hayan estado en Francia; pero los parisien- ses han de encontrarle por necesidad defectuoso, y no han de hacer caso de él sino, á lo sumo, para reirse de sus inexactitudes.

Pues bien; yo no sé por qué, en tesis general, no ha de pasarles lo mismo á los extranjeros que escriben libros sobre cosas de Es-

paña, y no alcanzo por qué estos libros no han de correr igual suerte que correría el libro de París escrito por un viajero curioso de nuestra tierra.

El hecho es, sin embargo, que aquí sucede al revés; y este libro, que por más señas se vende muy caro, es de ello ineludible testimonio.

Debo la primera noticia de esta versión castellana de la obra de Passavant á mi querido amigo y maestro el sabio anticuario don Juan López Castrillón, catedrático de Teología en el Seminario de León desde hace muchos años, é individuo de la comisión de monumentos de aquella provincia. El me mostró un ejemplar de la obra, indicándome brevemente sus defectos más notables, que he podido luego comprobar leyéndola.

El Sr. Passavant, director del Museo de Francfort, vino á España, según él mismo nos cuenta en su libro, por el año 1852; llegó por mar desde Marsella á Barcelona, fué de allí también por mar á Cartagena y Málaga, de donde pasó á Granada, y luego á Madrid por Jaén, Bailén, Manzanares, y Aranjuez. Permaneció en Madrid algunas semanas y visitó luego á Sevilla, Córdoba y Cádiz. Dió la vuelta á la corte, hizo una excursión á Toledo y otra al Escorial, y emprendió en seguida el viaje de regreso á París, deteniéndose en Avila, Salamanca, Valladolid, Burgos, Vitoria, San Sebastián é Irún.

Se dejó, por consiguiente, sin visitar el Sr. Passavant toda Extremadura, casi toda Cataluña, todo Aragón y Valencia, todo Galicia y Asturias, y, lo que es más grave, á León, que tiene en la materia de su viaje principalísima importancia; y en cambio nos cuenta haber visitado á Bailén, Manzanares, Aranjuez, San Sebastián é Irún, que no tienen ciertamente demasiado que ver con el arte cristiano.

El bueno del traductor confiesa en el prólogo que «se nota en la obra de Passavant un espíritu *algo* apasionado por su propio país», y que «debido á esto *algunas veces* atribuye todo lo bueno á alemanes ó á marcada influencia de los artistas de su patria».

Peró bien pudieran suprimirse, á mi entender, sin daño de la verdad, en este juicio, el *algo* y el *algunas veces* que he subrayado de propósito.

El Sr. Passavant comienza echando por el suelo á todos los que entre nosotros han escrito del arte, entre ellos al sabio Cean Bermúdez, achacándoles que carecen de *vistas propias*; y sin duda para que á él no se le pueda echar en cara el mismo defecto, procura constantemente ver las cosas como no las ha visto nadie.

Muéstrase tan apasionado en su libro y tan injusto con nosotros, que casi todas nuestras principales bellezas artísticas de la Edad Me-

dia quiere que sean, no ya importadas de Alemania, sino hasta obra de artistas alemanes; no se contenta con negarnos la originalidad, sino que ni siquiera nos deja la honra de ser buenos imitadores. Y en tratándose de las cosas buenas que tenemos del Renacimiento, como ya no puede llevárselas á Alemania, se las regala á granel generosamente á los italianos, incurriendo, por ver de salirse con la suya, en las más estupendas inexactitudes.

El traductor le corrige algunas en las notas, pero deja correr otras muchas y no ciertamente insignificantes.

Al obispo, verbigracia, que puso la piedra fundamental de la catedral de Burgos, el señor Passavant le hace inglés, sin que se sepa que pueda haber tenido para ello fundamento alguno, ni se acierte tampoco por qué razón, ya que no quiso que fuera español, no le hizo, como á otros, hijo de Alemania.

De estos errores pudiera citar muchos, pero me contentaré con citar uno que vale por todos.

Tratando de la miniatura, menciona el señor Passavant un Apocalipsis del siglo X que se conserva en Madrid en la Academia de la Historia, y no sé si por el afán de llevarle muy lejos de España, ó porque no acertó á escribir bien lo que le dijera el conserje de dicha Academia, ó la persona que le enseñó

el documento, lo cierto es que no le deja más acá del Líbano.

«Un Apocalipsis del siglo X que escribió en el Líbano San Beato, Presbítero, se conserva en Madrid en la Academia de la Historia...» dice el señor Passavant y reproduce el traductor (páginas 155 y 156) con tanta formalidad que cualquiera se halla tentado á creerles bajo su palabra..... Cualquiera que no sepa, y lo sabe todo el mundo, que no fue en el Líbano, sino en Liébana, diócesis de León y provincia de Santander, donde se escribió el Apocalipsis aludido.

Y lo más extraño no es aquí la equivocación del autor extranjero; más extraño es que el traductor español, con aficiones de bibliófilo y arqueólogo, haya copiado tan garrafal tropezón con una fidelidad tan poco laudable.

«El arte español—dice al principio de su libro el señor Passavant—ha sentido en todo tiempo la influencia de otras naciones, de tal manera, que apenas puede admitirse la idea de un desarrollo sucesivo y natural de un arte propio.»

Para demostrar esta tesis es para lo que en el curso de la obra se equivoca el señor Passavant con tanta frecuencia.

Aparte del apasionamiento injustificable que le ha inspirado, el libro del señor Passavant es un estudio muy ligero, sin que resulte

tampoco mucho más interesante con las notas y apéndice de la versión castellana.

Trátanse en el libro de un modo superficial varios asuntos de que hay acá excelentes monografías, pudiendo servir de ejemplo *El Cristo de las Batallas*, de que se habla con notable oscuridad en la página 107, acerca del cual tenemos un completo y erudito trabajo de don José Godoy Alcántara.

También sobre otros puntos tratados harto á la ligera en el libro del señor Passavant, hay artículos muy apreciables del señor Amador de los Ríos y de otros escritores.

Y en la parte de arquitectura, el *Manual de Arqueología Cristiana*, publicado hace años por don Ramón Vinader, vale, con sus defectos y todo, bastante más que cuanto el viajero alemán nos ha contado sobre el asunto.

Cierto es que cuando Passavant escribió su libro, no estaban estos estudios en España á la altura que hoy se encuentran; pero éste era un motivo más para no haberlo traducido ahora.

Tarde y con daño.